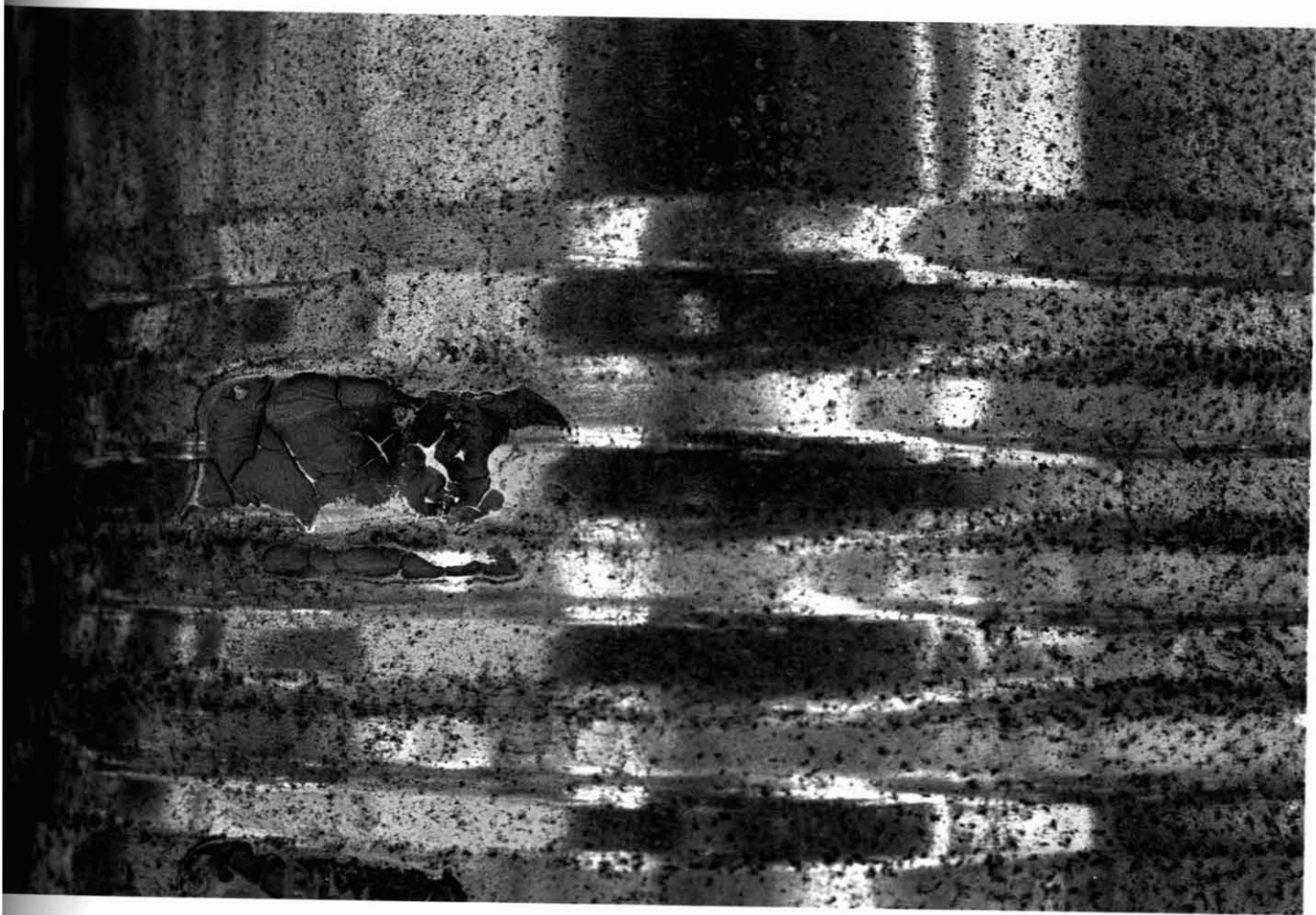


PUPILA FIJA

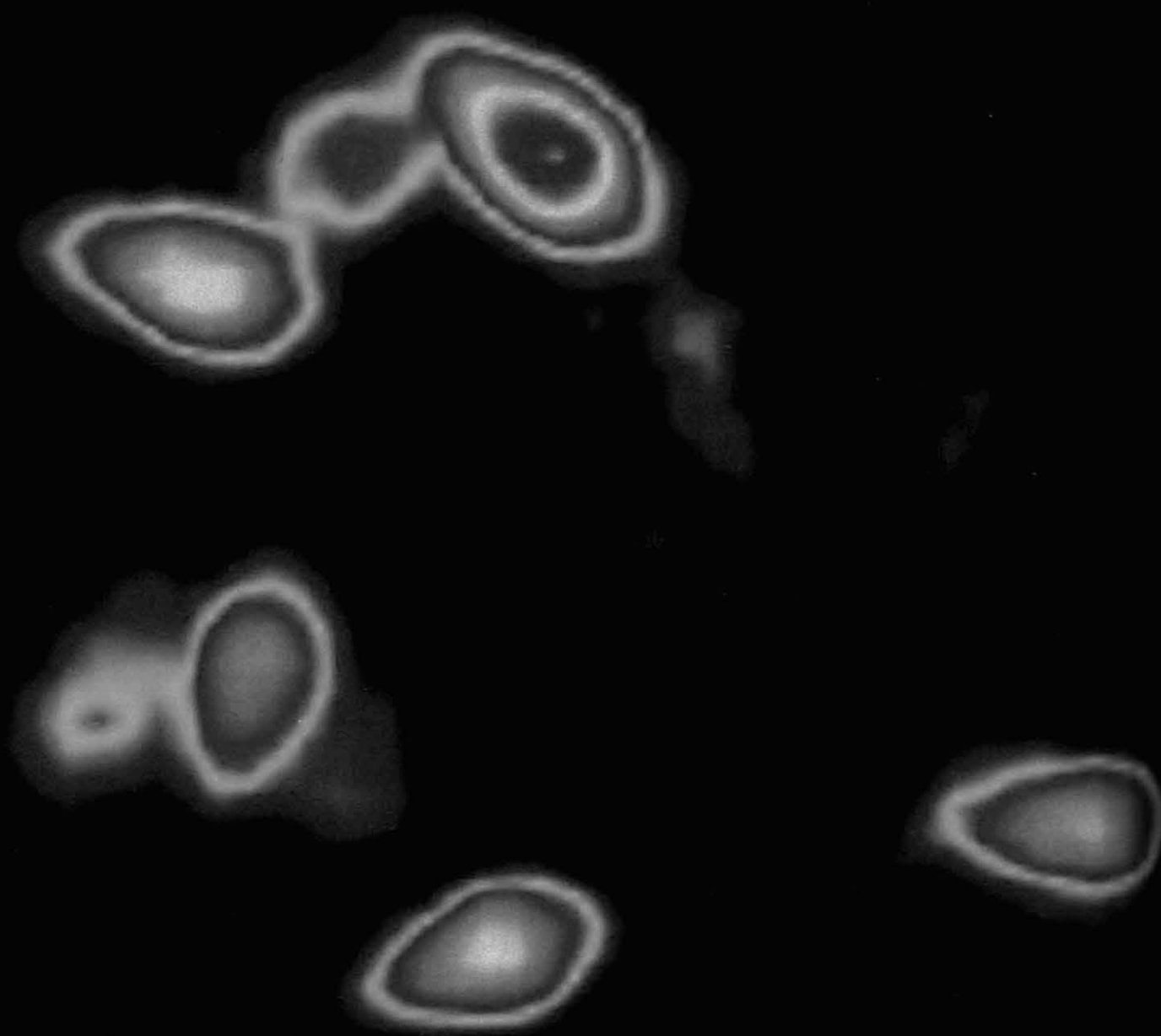


Fotografías:
Alberto Darszon

Poema:
Pura López Colomé







Esta imagen, portada de nuestro portafolios fotográfico dedicado al Instituto de Biotecnología de la UNAM (noviembre de 2002), apareció sin el crédito de los autores, por lo que ofrecemos una disculpa a los doctores Christopher Wood y Michael Whitaker de la Universidad de Newcastle Upon Tyne, Inglaterra, y Alberto Darszon del Instituto de Biotecnología de la UNAM

ADOPTIVO

Al hablar de ciertos niños de mirada triste,
hábitos extraños, *mañas*, olor a rancio,
no a jabón *Maja* o al posterior *Palmolive*
de la gran ciudad y la educación
como Dios manda,
se empleaba en la mesa
el término "adoptivo".
Yo estudiaba esa semántica.
Me quedaba patinando en tal gramática.
¿No se referirán a un pequeño
que ha sido adoptado? Demasiado fuerte el participio.
Nunca será lo mismo decir que alguien es
su hijo adoptivo que hablar de un tal por cual
y concluir: es adoptado.
En un "ado" sin hache muda (con hache invidente)
quedaba quien había venido al mundo
porque nadie supo qué hacer para que no.
Los tutores serían castellanamente rígidos.
Huelga decirlo.

Qué distintas las historias de quienes vivían
la misma situación ignorándola hasta cierto punto
y hasta cierta edad, en que sobrevénía la revelación de los misterios.
Amor: enigma: llaves del reino
ex abundantia cordis. A éste le provocaba
un tumbo la noticia. En el mejor de los casos,
eran adoptivos. Y aquel buscar semejanzas entre mis cejas y las tuyas
o entre nuestras cabelleras, en un tris,
probaba un cabal "hacerse las ilusiones".

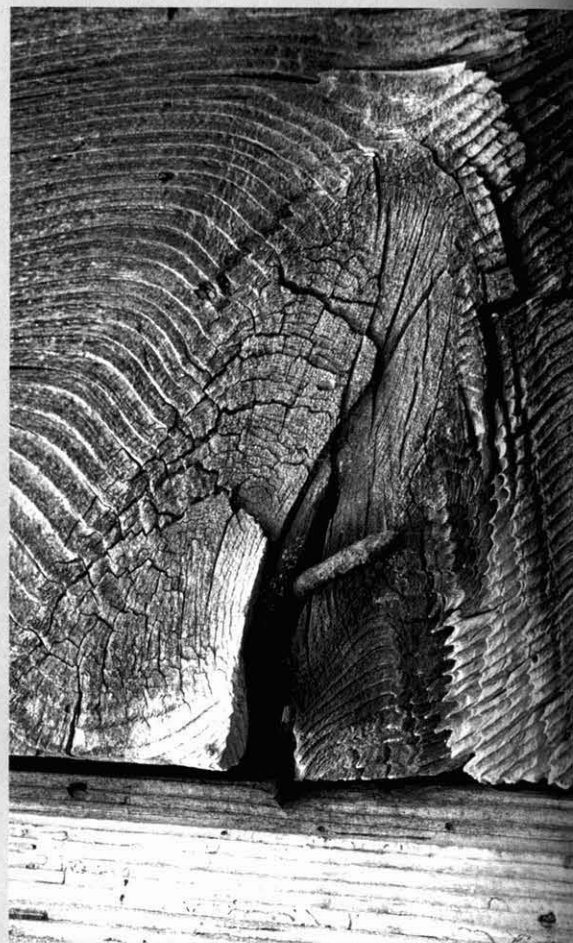
En torno a la mesa,
nosotros cuatro.
Físicamente, no dibuja
un círculo este mueble,
pero como si lo hiciera.
Cuánta luz.
Miramos nuestro parque.
El prisma
no requiere explicaciones.



Unos cuantos brotes nuevos de lilas silvestres,
algunos narcisos ya marchitos, incipientes tulipanes.
Tres árboles de la misma altura, o estatura,
gigantes adolescentes en competencia.
El de en medio, bien distinto, tiene sobre sí
la invasión de una enredadera que ha abierto nichos,
que a su vez cerrarse pueden, a las aves migratorias.
De pronto:

¿Ven ese pajarito gordo,
café opaco?
Trina
el diminutivo.
Es un bebé
en espera de su madre
que, día con día,
le consigue bocadillos.
También una expresión
que empequeñece
a la antigüita.
Pajarito bocadillo. Bocadillo de pajarito.
Lo imposible, cual migaja de pan,
se desmorona
literalmente
en nuestros rostros.

Uno de esos seres, de brillante plumaje negro, pico
color naranja tropical, cola cual biombo de Oriente,
en espera de propicias temperaturas. Lleva algo
que aún se está moviendo. Cuidadosa, bondadosa,
tiernamente lo va ofreciendo al robusto infante
poco a poco. Congéneres opacos y sin gracia alguna
se transforman en la hermosura misma. Más allá
del nido original, del árbol genealógico.







Quién sabe. Acaso
se trate de un hijo
adoptivo.
Retumban nuestras carcajadas
familiares, seguras,
acurrucadas
en el privilegio.
Recuerdo tu pulso acelerado
ante la noticia de que al fin
te darían aquella niña en adopción.
Shh. Silencio, ni una palabra.
Que jamás se entere nadie.
Cambiaré incluso ciertos rasgos
de mi tan peculiar fisonomía.
Quemaré todas las fotos anteriores.
Mejor aún, recortaré mi rostro
solamente, porque lo demás,
las fiestas, la familia,
sí lo quiero recordar.

Carnaval itinerante, tornasoles,
apariencias.
Si la gente que se ama se parece,
hablando de pájaros no cabría la menor duda:
una y la misma sangre en orfandad.



